

Outro futuro é posible: proxecto de centro, curso 2022/23

Lee con atención os seguintes testemuños de dúas persoas inmigrantes que levan anos traballando e residindo en Galicia. Despois resposta por escrito as seguintes cuestións:

1ª. Elabora unha táboa comparativa da formación destas dúas persoas, os traballos que desenvolveron na sociedade de acollida. Relaciona estes coa súa orixe étnica e sexo.



PALEY E INGRID
*comparten una
realidad: emigraron a
España. Son el reflejo
de las dificultades
que atraviesa este
colectivo, pero
también un ejemplo
de cómo han
conseguido salir
adelante*

“La gente asume
que por venir de
África eres pobre”



FOTO: VITOR MEJUTO

TEXTO: ALEJANDRA
CEBALLOS LÓPEZ / M. V.

La historia de Paley Diagne (Thies, Senegal, 1992) es atípica. Llegó a España cuando tenía 20 años, estaba recién graduado en Ingeniería Informática en su país y quería lanzarse a la aventura, cuando vino de vacaciones a visitar a su hermana se quedó.

«Yo soy la oveja blanca de mi casa.

Siempre he sido muy curioso y muy impulsivo a la hora de hacer cosas. Mis hermanos son más metódicos, yo simplemente ejecuto, así que cambiarme de sitio no me supuso ningún problema, además de la adaptación del idioma», recuerda Paley.

«Lo normal hubiera sido irme para un país donde hablaran mi idioma, pero España me gustó cuando vine a ver a mi hermana, entonces decidí quedarme», cuenta. A diferencia de muchas personas que vienen desde Senegal, Paley consiguió un visado que le permitía trabajar, así que se instaló con facilidad en Madrid. Ni siquiera el idioma fue una barrera. Los requisitos de su primer empleo eran hablar inglés y francés, que manejaba a la perfección. Paley se adaptó fácilmente. Prestaba servicio técnico digital a una empresa francesa con sede en España. Al poco tiempo de llegar, su hermana se fue de Madrid y Paley empezó a vivir con su amigo Orlando, con quien luego emprendería algunos proyectos. «Él ya llevaba 16 años viviendo en España, entonces me ayudó a adaptarme», relata.

A pesar de que su proceso fue sencillo, sabe que es algo excepcional, y que para muchos de sus coterráneos no es así, por ello se puso manos a la obra con Orlando. «Él tenía la idea de ayudar a los inmigrantes que venían sin papeles, y que, por lo tanto, no podían trabajar. Montamos una fundación para que los africanos que hablaban inglés o francés lo perfeccionasen y aprendiesen cómo enseñárselo a los españoles. Estábamos intentando que estas personas pudieran ser profesores particulares. Muchos de ellos, a pesar de tener estudios universitarios, se ven obligados a trabajar en otras cosas por no tener autorización de empleo, así que con nuestra fundación queríamos que pudieran sentirse útiles y tener un poco de autonomía», explica Paley. Comenzaron compartiendo la información en sus redes sociales y formaron algunos docentes a lo largo de cinco años. «Fue en ese momento cuando de verdad me sentí arraigado en España», dice.

Sin embargo, al cabo de unos años, Orlando se fue del país porque le surgió una oportunidad laboral. La carrera de Paley iba creciendo, cada vez tenía más responsabilidades y se vio obligado a dejar la fundación, aunque espera retomarla en algún momento.

ESTEREOTIPOS ARCAICOS

A pesar de que no tuvo problemas a la hora de empezar a trabajar, aún hay algunas barreras sociales y estereotipos a los que se tuvo que enfrentar. «Lo primero que notas cuando no naces aquí es la actitud. Hay una diferencia en el trato. Yo voy a mi bola y paso de todo, pero sí notas que te miran mal. A veces, al llegar a un lugar, donde no es común que haya gente diferente, sientes que por ser negro te miran como diciendo: '¿Qué hace este aquí?'. Al final tienes que esforzarte mucho para que la gente diga: 'Ahora sí

PALEY DIAGNE INFORMÁTICO

“Sientes que por ser negro te miran como diciendo: '¿Qué hace este aquí?'. Tienes que esforzarte mucho para que la gente diga: 'Ahora sí puedes estar acá'”

puedes estar acá», reflexiona Paley, que tiene muy claros sus orígenes.

«La gente asume que por ser de África eres pobre, pero lo que hay que preguntarse es: '¿A quién le tengo que demostrar que merezco las cosas y que no soy pobre?, ¿a ellos, o a mí?'. Mi filosofía se centra en seguir avanzando, saber de dónde vengo, todo lo que he luchado para llegar hasta donde estoy y valorar lo que tengo. Ellos que piensen lo que quieran», sentencia consciente de que hay que romper muchos estereotipos.

«Yo tuve una infancia muy feliz, nunca me faltó nada, mi padre tenía un buen trabajo y mi madre —por decisión propia— se dedicó a cuidarnos, teníamos mucha libertad. Sé que tuve una niñez que muchos en España hubiesen deseado tener», apunta Paley.

Insiste en que hay mucho que avanzar en cuanto a la imagen que tienen los españoles de los países menos desarrollados. «Yo no puedo juzgar, porque la gente tiene en el imaginario lo que les han vendido los medios de comunicación. Se imaginan que todos en África vivimos al lado de un safari. Aunque, al menos ahora hay un poco más de conciencia. Ya saben que no todos venimos del mismo país, ni tenemos las mismas creencias», dice.

También menciona los microrracismos y los rechazos implícitos a quienes son diferentes. «Para mí la libertad sería poder practicar mi religión y que la gente no asuma cosas sobre mí porque soy musulmán, o que no les moleste el hecho de que no beba alcohol, que tampoco tiene nada que ver con mi religión. Aquí dicen: 'Respetamos todo', pero al final, si todos piensan algo, y tú piensas diferente, se enojan», reflexiona.

NUEVO ESTILO DE VIDA

Desde la pandemia, Paley empezó a teletrabajar y las ventajas que ofrece este modelo hacen que sea la envidia de muchos. Volvió a retomar sus intereses sociales y creó otra fundación en Thies,

su ciudad natal, en la que apadrinan a 25 niños que no tienen la posibilidad de ir a la escuela. Además, teletrabajar le permite ir más seguido a su país. «Cuando veo un boleto barato, lo compro y luego me quedo todo el tiempo que necesito. Uno o cuatro meses», relata. También se mudó a Galicia, dejó su residencia en Madrid y se vino a A Coruña. «Había estado en otras ocasiones visitando a un amigo que conozco de Senegal, y me había gustado mucho la ciudad. No lo pensé dos veces para mudarme», explica.

Aquí, además de una ciudad que le gusta, reconectó con las causas que le apasionan. Participa de un podcast de la asociación Viraventos, *Dejar en visto*, donde conversa con otros migrantes sobre el proceso de adaptación que ha vivido cada uno. «Me he dado cuenta de cosas muy fuertes que, como no he vivido, no lograba imaginar. Por ejemplo, unas chicas nos contaron que les hacían bullying en el colegio, hasta el punto de que no querían ir a estudiar por ser las únicas negras de la clase. Otro día un chico nos contó sobre los insultos racistas que recibió cuando tenía que vender en la calle. Hoy ya tiene un contrato en una tienda», narra Paley, recordando las historias que le han contado.

Tiene una postura crítica y firme sobre la migración, sabe que es una realidad que no se va a detener. «Mientras los países desarrollados sigan saqueando recursos de los países más pobres, la gente va a seguir viniendo para conseguir un mejor futuro, y lo mejor que se puede hacer es legalizarlos. Ellos quieren trabajar, pero si no los dejan entrar en el sistema, la única forma que tienen de hacerlo es de manera irregular. La gente cree que los inmigrantes vienen y se llevan las cosas para su país, pero yo creo que es imposible llevarse algo si no has construido nada aquí. Si no trabajáramos aquí, ¿qué nos llevaríamos?», sentencia. Insiste en que quienes vienen también aportan al país. «Nosotros estamos optando por la posibilidad de tener una vida nueva, pero la gente de aquí también recibe muchas enseñanzas. Hoy puedes salir en la ciudad y cenar comida mexicana, japonesa, libanesa... las migraciones implican una riqueza muy grande que si no se ve ahora, seguro se verá en 20 años», dice.

Paley está feliz en España, aunque asegura que le faltan algunas cosas de su país. «La vida social es diferente y eso se echa de menos, la cercanía con la gente, que lleguen a tu casa sin tener que planearlo...», dice. Sabe que un día retornará. «Yo voy a regresar fijo, tengo proyectos allá y la idea es utilizar mi experiencia de estos años para poner en marcha proyectos allá. Aquí no hay gran cosa que hacer, en cambio en mi país, que es menos desarrollado, todo está por hacer. Puede que sea antes o después, pero mi responsabilidad es volver», concluye.

INGRID LOZANO

HONDUREÑA

“Después de tres años logré entrar al sistema. Firmé mi primer contrato laboral”

“Me pagaban en efectivo para que no quedara constancia”

TEXTO: ALEJANDRA CEBALLOS LÓPEZ / M. V.

Cuando Ingrid Lozano (Tegucigalpa, Honduras, 1991) regresó a su país en el 2010, lo hizo con la convicción de que volvería a España. Tenía 19 años, había vivido desde los 15 en Galicia, y partía de nuevo a su país porque se había quedado embarazada de su hijo Luis Andrés.

Llegó a A Coruña por primera vez en el 2006. Vino con su madre Guadalupe, y durante un tiempo vivieron con su hermana Gaby, que ya llevaba algunos años en España. «En ese momento era más fácil conseguir los papeles para empezar a trabajar, así que mi mamá y yo rápidamente pudimos conseguir un piso para nosotras solas, y yo empecé a hacer cuarto de la ESO», relata Ingrid.

Continuaron así hasta que su madre decidió regresar a Honduras, donde estaba su esposo, el padre de Ingrid. Ella volvió a vivir con su hermana y como no había terminado sus estudios, empezó a trabajar en el servicio doméstico. Pero se quedó embarazada y tuvo

que regresar a su país, ya que los médicos le dijeron que evitara hacer trabajos físicos. En vista de que cuidaba a una persona mayor, lo mejor fue regresar. «Llamé a mi padre, le pregunté si me iba a apoyar y me dijo que por supuesto. Con unos ahorros que él tenía, regresé a mi ciudad y empecé a trabajar en el negocio familiar y a cuidar del niño. Estudiaba los fines de semana. Pero siempre tuve en la cabeza que iba a volver a España», relata Ingrid.

CRUZAR EL ATLÁNTICO

El momento de regresar llegó en el 2018. Cuando su hijo cumplió 5 años, Ingrid tiró de algunos ahorros que su padre le había ofrecido, hizo la maleta y volvió a cruzar el Atlántico, pero no sin algunos contratiempos. «La última vez que yo salí de España, el policía de migración me dijo: ‘¿Es consciente de que en cinco años no puede volver al país?’». Entonces, a pesar de que ya había pasado ese tiempo, tenía miedo de entrar en la Unión Europea por España, así que conseguimos un boleto vía Fráncfort, que hacía escala en París y finalmente venía a La Coruña», cuenta ella. Finalmente el viaje se alargó mucho más de lo que esperaba.

«Primero hicimos escala técnica en

Santo Domingo, en República Dominicana, donde supuestamente no nos bajábamos, pero el avión se averió y tuvimos que pasar dos noches allí», recuerda Ingrid. Luego tenían una escala —que sí estaba programada— en Costa Rica, y por último, aterrizarían en Alemania. Pero al llegar a Fráncfort, ya habían perdido el vuelo a París, así que tuvieron que volver a reservar todas las conexiones y un hotel para dormir esa noche en Francia. «Cuando al llegar a Fráncfort me sellaron el pasaporte sin problema, pude respirar tranquila», recuerda.

Finalmente llegó a A Coruña y, en cuanto pudo, empezó a trabajar en la hostelería. «Un día fuimos a tomar un café donde unas conocidas y estaban buscando una camarera. Yo había trabajado en el negocio de mi padre, así que tenía un poco de experiencia, y como soy muy extrovertida, les dije: ‘Yo no sé hacer café, pero aprendo en dos días’. Me hicieron una prueba y comencé al poco tiempo», relata Ingrid.

Gracias a ese trabajo, dejó de vivir con su hermana y se mudó a una habitación con su hijo. Sin embargo, el café donde trabajaba cerró, y las cosas se pusieron cuesta arriba, pero Ingrid tenía la determinación de salir adelante. «Mi camino estuvo lleno de ánge-

les. Uno de ellos fue Cristina, mi casera. Ella me sugirió que buscara una ayuda social, y gracias a eso pude pagar la habitación mientras volvía a conseguir un empleo», relata agradecida.

Pero como la vida da una de cal y una de arena, cuando estaba sin empleo, la abuela paterna de su hijo contactó con ella para decirle que el padre del niño estaba interesado en reconocer legalmente a Luis Andrés (un trámite que le concedería la ciudadanía al menor). «Ahí empecé a buscar ayuda en las oe-





FOTO: VÍTOR MEJUTO

negés. Con Viraventos y con Ecos do Sur logré conseguir abogados. Ellos me dijeron qué papeles necesitaba y en un año el niño se hizo ciudadano español y, a través de él, yo conseguí la residencia», relata Ingrid.

CON PAPELES, SIN TRABAJO

Incluso con la documentación para trabajar legalmente, Ingrid no logró encontrar un empleo estable. Limpiaba en algunas casas, pero no tenía perspecti-

vas de futuro. «En ese período conseguí trabajo con un señor mayor. Tenía 96 años y cognitivamente estaba perfecto, pero físicamente no tanto. Yo le ayudaba a ir al baño, le preparaba la cena y conversaba mucho con él. Incluso le cogí algo de aprecio, pero ellos fueron muy malos conmigo. Yo trabajaba de lunes a domingo desde las once de la noche hasta las once de la mañana, sin descanso, y al final me echaron porque mi hijo se contagió de covid. Me enviaron el dinero en un sobre

a través de una amiga y cuando les dije que los iba a denunciar, simplemente me dijeron que yo no tenía pruebas para demostrar que teníamos una relación laboral. Ellos siempre me pagaron en efectivo para que no quedara constancia», relata.

Al verse sin empleo, buscó ayuda y gracias a una trabajadora social, volvió a acceder a un bono de asistencia, y en la fundación Viraventos le sugirieron inscribirse en un curso de Atención Sociosanitaria de 600 horas. «Me

dijeron que tenía que hacer un ciclo profesional, o si no estaría toda la vida en la hostelería y sin nada fijo. Me inscribí y de los 13 estudiantes, solo cinco eran españoles, señoras de más de 45», recuerda.

Cuando terminó el curso, encontró empleo fácilmente en un centro de día. «Cristina —de Viraventos— que es otra bendición, me ayudó con mi currículum y lo envió a muchos lugares. Hoy me siguen llamando de algunos. Primero contactaron conmigo de una residencia, pero la verdad es que yo no quería, porque ese trabajo es muy complejo y sería más difícil cuidar a mi niño. Las chicas trabajan muchas noches y me parece que está muy invisibilizado. De hecho, hace poco iban a ir a huelga porque solo les iban a aumentar el 1 % del IPC, cuando debería ser el 6 %», denuncia Ingrid, y hace énfasis en la situación que vivieron estas trabajadoras durante la pandemia.

Al final, logró una entrevista en un centro de día cerca de su casa. «Me llamaron y me entrevistaron durante 40 minutos. Dicen que cuando es así, es porque la cosa va bien. Al día siguiente me dijeron que sí. Después de tres años en España logré entrar en el sistema, firmé mi primer contrato laboral», rememora con alegría.

Comenzó cubriendo una baja de ocho meses, y al final de ese período, se fue unos días a Barcelona. A su regreso, una compañera había pedido una excedencia y la volvieron a llamar. «Ya llevo dos años con ellos y estoy feliz», enfatiza, pero no deja de pensar en las personas mayores y la situación de quienes los acompañan. «Yo creo que falta atención. Nadie piensa en los cuidadores. No se habla de estas familias, o de las personas que ofrecen cuidado a domicilio, la mayoría de ellas sí son latinas», dice.

También se preocupa por el paso de los años y el deterioro cognitivo que trae acarreado. «Me impacta mucho ver a los abuelitos que cuido. En su juventud y adultez eran informáticos, amas de casa, administradores... y da un poco de miedo pensar que todos vamos para allá». Mientras llega su vejez, para la que falta mucho, Ingrid se concentra en el presente, que ahora le da un respiro tras los años difíciles que pasó. Su pareja vino de Honduras hace tres años y viven juntos con su hijo. También ha venido su madre de vacaciones. Luis Andrés continúa estudiando, e Ingrid espera poder pedir la ciudadanía. Ahora que tiene un trabajo estable se ha inscrito en la Universidad a Distancia para estudiar Psicología. «Será difícil la conciliación entre estudio, familia y trabajo, pero ya resolveré, como lo he hecho antes», concluye.

2ª. Compara, ahora, estes dous casos coa explicación da tipoloxía da inmigración recente en Galicia por orixe xeográfica, sexo e grupos de idades e, sobre todo, inserción laboral e residencia, que describe o profesor Antonio Izquierdo (catedrático da UDC) no seguinte entrevista.

Antonio Izquierdo Escribano

SOCIÓLOGO EXPERTO
EN MIGRACIÓN



“Los migrantes hacen los trabajos que los españoles no quieren”

«En España hay casi ocho millones de inmigrantes, serían la segunda comunidad autónoma más grande después de Andalucía», menciona enfáticamente el sociólogo

TEXTO: ALEJANDRA CEBALLOS LÓPEZ / M.V.

Cuando se habla de migración, hay opiniones divididas: unos aseguran que podrían ser la solución a la baja natalidad en Galicia, mientras en la otra vertiente, se expresa preocupación por la competencia en los puestos de trabajo. Hablamos con Antonio Izquierdo Escribano, profesor de Sociología de las Migraciones de la UDC y director del grupo de investigación Sociedades en Movimiento, quien asegura que, más que a un problema social, nos enfrentamos a un modelo económico individualizante.

—Se especula con que los migrantes son una solución a la baja tasa de natalidad, ¿qué opinas?

—En Galicia hay muy pocos migrantes, ellos no van a solucionar el problema de fecundidad (número de hi-



FOTO: ÁNGEL MANSO

jos por mujer). En primer lugar porque son muy pocos, y en segundo, porque tampoco es que tengan muchísimos hijos. No lo van a solucionar ni aquí ni en ningún país de Europa. El problema de la fecundidad no es que la gente no quiera tener hijos, es que no puede tener tantos como quisiera. Además, ¿por qué nos preocupa la baja fecundidad?

—**Muchos afirman que no habrá quienes cubran los puestos de trabajo en el futuro cercano...**

—¿Cómo se puede estar preocupado por eso con unas tasas de paro como las que tenemos? Esa es una visión economicista, la visión que necesita un empresario para tener mucha mano de obra barata que le permita bajar los salarios, pero ellos no ofrecen esas oportunidades. El verdadero problema es una economía jerarquizada y cristalizada.

—**¿Los empresarios se aprovechan de**

la situación?

—Claro que sí. Si disponen de mano de obra que acepta malas condiciones, no tienen necesidad de mejorarlas, eso está claro. Si el mercado de trabajo fuera uno que genera oportunidades muy rápidamente, nos podríamos permitir dejar un trabajo por otro con mejores condiciones, pero aquí el mercado laboral es muy rígido, la gente no puede dejar su trabajo así esté a disgusto.

—**¿Esto afecta más a los migrantes?**

—Si alguien acepta esas condiciones, suele ser alguien con menos derechos, los migrantes, para empezar, no pueden votar, entonces están excluidos políticamente. Tienen niveles de exclusión superiores, entonces el empresario no tiene necesidad de mejorar sus condiciones laborales. Aunque regularicen su situación, el salario no suele variar mucho. Son personas que normalmente se dedican al sector servicios o trabajos domésticos, que son empleos de por sí mal remunerados.

—**Mencionas que los migrantes no son tan significativos en Galicia, ¿eso implica que es falsa la creencia de que ellos nos quitan los trabajos?**

—Pues claro, es falso. Pero no solo en Galicia, en cualquier otro sitio. Los inmigrantes van a un puesto de trabajo en el que hay vacantes porque ofrecen malas condiciones y los nativos no las aceptan. Ellos hacen los trabajos que los españoles no quieren. No compiten unos con otros, ocupan los puestos de trabajo que, de otro modo, quedarían sin cubrir.

—**¿Por qué suele haber una reacción de rechazo hacia ellos?**

—Tampoco es que en Galicia seamos especialmente xenófobos y haya un rechazo generalizado, pero lo que sí ocurre es que somos un pueblo tradicionalmente migrante, psicológicamente desgarrado, que ha perdido, así que hay dolor. Cuando llega gente de fuera, aparece un pensamiento: «Yo tuve que sufrir todo eso, y estos vienen ahora a usar los recursos y a aprovecharse». Se genera un sentimiento de superioridad. Pero todo eso es falso. Los inmigrantes llegan jóvenes y consumen pocos recursos sanitarios, además, también generan riqueza, alquilan viviendas, pagan impuestos, consumen... y por lo tanto aportan económicamente. Hay datos que lo demuestran.

—**¿Valdría la pena una ley que les permitiese integrarse más fácilmente?**

—Sí. Es que las democracias están siendo minadas, entre otros motivos, porque la población migrante no tiene derechos de ciudadanía. ¿Tú sabes cuántos inmigrantes hay en España? Ocho

millones. Sería, después de Andalucía, la comunidad autónoma más grande. ¿Tú te imaginas una democracia con 47 millones de personas donde ocho millones no pudieran votar? Es una de las razones (que no la única) del surgimiento de partidos de extrema derecha en Alemania, Suiza o aquí mismo...

—**En tus palabras, la longevidad es un logro social, pero la soledad de los mayores es una realidad a la que nos enfrentamos...**

—Muchas veces, las personas mayores suelen quedarse solas cuando mueren sus parejas. Aquí hay un individualismo muy fuerte, no hay una comunidad alrededor. Los estudios evidencian, por ejemplo, que los migrantes tienen niveles de aislamiento social mucho menores que los españoles, en las comunidades inmigrantes hay más ayuda comunitaria. Esto se puede explicar con el individualismo en nuestras sociedades.

—**Los países mediterráneos tenían tradiciones familiares muy fuertes, ¿Qué ha pasado?**

—El modelo económico y social hace que no estemos por ayudar a los mayores solos. Y, al final, también son los migrantes los que se encargan de cuidar a esos mayores, porque las familias de aquí no las pueden atender porque están trabajando, o viven en ciudades distintas a las de sus padres...

—**¿A qué se debe este fenómeno?**

—Antes la composición del hogar implicaba varias generaciones en la misma casa, así que una generación iba cuidando de la otra. Ahora la familia no puede proveer esa estructura y la sociedad tampoco. La longevidad es un logro social que debe ir acompañada de otros factores como la buena alimentación, la calidad de vida, la ayuda comunitaria. Tiene que ver con la cohesión social y con el tipo de sociedad individualista en la que estamos instalados. Se debe, también a la economía capitalista que aísla, segmenta y clasifica a las personas por razón de su raza, de sus creencias, de su origen social o de su lugar de nacimiento.

—**¿El capitalismo es perverso?**

—Claro. El modo de vivir individualista que impulsa este tipo de estructura económica y productiva es lo que hace que las personas se encuentren solas en edades avanzadas. Lo que hace es romper la solidaridad, la comunidad y el tipo de familia que teníamos antes en aras de producir y ganar más. El 1 % de la población acumula la riqueza y el 99 % restante no, ya me explicarás. Es una dinámica social cada vez más extrema y lo que lleva es a romper a la cohesión social.